

Capacidad social para la gestión del excedente: la construcción de sociedades alternativas

David Barkin*

Wuendy Armenta*

Diana Cabrera*

Erika Carcaño*

Gilberto Parra*

Resumen

En la construcción de sociedades alternativas, la capacidad social de las comunidades es un factor que refuerza las estrategias que movilizan y canalizan sus excedentes sociales y materiales. Estas estrategias facilitan la satisfacción de las necesidades materiales, sociales y espirituales de los miembros de la comunidad y aseguran sus posibilidades de conservar y rehabilitar los ecosistemas en sus áreas de influencia. Por eso la actividad productiva sólo puede ser entendida a partir de las cosmovisiones de estas sociedades alternativas.

Palabras clave: capacidad social, excedente, cosmovisión, sociedades alternativas.

Introducción

El surgimiento o fortalecimiento de sociedades, buscando rutas alternativas al sistema capitalista para apuntalar su bienestar y garantizar la integridad de sus ecosistemas, es un fenómeno de creciente importancia, a medida que se profundiza y difunde la crisis del capitalismo. En la construcción y fortalecimiento de lógicas sociales alternativas al capitalismo, la capacidad social para generar y aprovechar el excedente es un elemento cardinal. La capacidad social de las comunidades les permite movilizar y canalizar sus excedentes sociales y materiales para satisfacer las necesidades básicas de sus miembros, para el mejoramiento de las infraestructuras

* Profesor-investigador del Departamento de Producción Económica, UAM-Xochimilco.

* Estudiantes del Doctorado en Ciencias Económicas, UAM-Xochimilco.

físicas y sociales que requieren y para la conservación y rehabilitación de sus ecosistemas. A medida que la capacidad social permite el buen manejo de los excedentes el *buen vivir*¹ de las comunidades se fortalece.

La cosmovisión de las comunidades determina la forma en que se articulan sus instituciones de gobernanza colectiva. La capacidad social permite que las instituciones de gobernanza colectiva se instituyan como espacios comunales donde se facilitan los consensos respecto a la distribución social del excedente. Además, la capacidad social permite la formación de liderazgos que aseguran el buen manejo de los excedentes.

De las cosmovisiones de estas comunidades emana una visión particular de bienestar, sustentada en principios como la equidad intergeneracional, la justicia social y la gestión sustentable (Barkin, 2008). Es evidente que esta visión del bienestar incluye dimensiones como la salud, educación, alimentación, vivienda, y medio ambiente, pero se observa que también se extiende a otras dimensiones como espiritualidad y quizá recreación. Enfocando el trabajo en el concepto de la generación y disposición de los excedentes nos permite encaminar la investigación hacia una comprensión de las decisiones que orientan a estas sociedades en busca de su propia versión del bienestar.

El camino que han emprendido estas sociedades en la búsqueda de su visión particular del bienestar ha estado lleno de escollos. Las políticas públicas de corte asistencialista y electoral, impulsadas por el Estado, han impedido en gran medida que estas comunidades alcancen la autonomía. En la búsqueda de integrar a las comunidades a la “civilización”, los programas públicos han socavado su capacidad social y han debilitado los procesos comunales que permiten la gestión social del excedente. Por eso, señalamos que si realmente se quiere coadyuvar al progreso de estas comunidades, las políticas públicas tendrían que estar centradas en el fortalecimiento de los procesos autonómicos.

¹ “El Buen Vivir” [...], “ingenuamente”[...] (se ha entendido) como una despreocupada y hasta pasiva *dolce vita* [...] (lo cual es erróneo)[...] desde la cosmovisión indígena el mejoramiento social [...] es una categoría en permanente construcción y reproducción [...] (donde) [...] los bienes materiales no son los únicos determinantes [...] (existen) [...] otros valores en juego, como el conocimiento, el reconocimiento social y cultural, los códigos de conductas éticas e incluso espirituales en la relación con la sociedad y la naturaleza, los valores humanos, la visión de futuro, entre otros (Acosta, 2008:1-2).

Para abordar este tema, el documento está dividido de la siguiente manera: en el primer apartado analizamos la relevancia de la capacidad social para la gestión del excedente y, a su vez, describimos los atributos de las sociedades alternativas que los llevan a fortalecer dicha capacidad. Su organización sociopolítica, a la vez, es operacionalizada a través de tradiciones y reglas que surgen de sus cosmovisiones, las cuales se manifiestan en normas de confianza, ayuda mutua, reciprocidad y redes de apoyo que conjugan variables culturales y ambientales.

En el segundo apartado explicamos la relación que existe entre la capacidad social y las cosmovisiones. Partimos de la premisa que al estar relacionadas las cosmovisiones de las sociedades alternativas con su entorno natural y espiritual, existen elementos que llevan a un fortalecimiento de la capacidad social, como pueden ser: el principio comunitario, la democracia participativa o consensual, así como sus lazos solidarios. Esto nos lleva a plasmar en el documento que la toma de decisiones para la generación, disponibilidad y distribución de los excedentes en estas sociedades, no depende exclusivamente del criterio de viabilidad económica, sino de un conjunto de factores que dan cohesión, sentido y continuidad a la comunidad.

En el tercer apartado, explicamos la importancia de la gobernanza colectiva y la toma de decisiones en las sociedades alternativas, las cuales dependen de su organización sociopolítica que se compone de normas civiles y religiosas. La importancia de este apartado estriba en la fortaleza de la conjunción entre la gobernanza colectiva, la cosmovisión y la capacidad social, como elementos que potencian la generación de excedentes, el desarrollo de las fuerzas productivas, así como la cohesión de las comunidades.

Posteriormente, se plantea el apartado sobre el excedente en las sociedades alternativas. Para analizarlo se tomó como referencia el planteamiento de Baran (1959), en el cual distingue dos conceptos de producción: el real y el potencial, y una correspondiente diferencia en el concepto de excedente. En el caso de las sociedades alternativas, sus posibilidades de generar un excedente es mayor, ya que el proceso productivo está orientado a la satisfacción de los requerimientos sociales, materiales y productivos; como se anotará, por la mayor capacidad de acercarse a sus límites de producción potencial, tendrían mayor oportunidad de canalizar sus excedentes hacia la construcción de una sociedad del “buen vivir”. Finalmente, en el documento presentamos una propuesta de política social, en la cual proponemos

una política que permita que las comunidades elijan sus métodos de generación y asignación de excedentes de forma autónoma.

La capacidad social para la gestión del excedente

*La capacidad social*² representa los recursos intangibles que poseen las comunidades, que se reflejan en las acciones colectivas para emprender estrategias que consoliden su bienestar. Este conjunto de recursos intangibles abarca las habilidades, la cohesión social, la solidaridad, la identidad territorial, las normas que rigen la relación con la naturaleza y con su entorno social y económico.³ En suma, la capacidad social representa la fuerza que tienen las comunidades para emprender y concretar las estrategias que consolidan su bienestar. En este trabajo, la capacidad social refiere a los atributos de grupos sociales y comunidades que, a través de sus cosmovisiones e instituciones, ponen en práctica principios de reciprocidad, ayuda mutua, normas de confianza, redes de apoyo que llevan a la cohesión y al beneficio comunitario.

² Preferimos usar el término de capacidad social, considerando que implica una metodología distinta a la individualista. Sin embargo, en los años recientes se ha utilizado el término capital social para definir la confianza que existe entre la población, y se ha convertido en un componente esencial de los análisis ortodoxos. El capital social se concibe como un activo intangible cuya función es coadyuvar a que los individuos maximicen sus beneficios con costos de transacción bajos, potenciando así el crecimiento económico mediante la construcción de un entorno social armónico. Las acciones colectivas que genera el capital social están sujetas a la racionalidad económica ortodoxa, pues los individuos perciben al grupo como un medio para alcanzar un objetivo personal. El Banco Mundial ha integrado el término de capital social a sus estrategias de desarrollo y se ha convertido en un cliché que aparece continuamente en los debates académicos y foros políticos. Entre los autores más conocidos que abordan el tema de capital social se encuentran Pierre Bourdieu, James Coleman, Robert Putman, Mark Granovetter, Douglas North, Stephen Knack y Anthony Bebbington, entre otros. De esta literatura hay una amplia crítica muy bien documentada, entre la cual se encuentran de manera destacada las aportaciones de Ben Fine (2010).

³ La capacidad social también es una parte vital de las estrategias de defensa comunitaria: un ejemplo claro es el de San Salvador Atenco, logrando una defensa exitosa de su espacio comunitario, apelando a su identidad territorial, cohesión cultural y una fuerte solidaridad. Como este caso hay muchos otros, algunos reunidos en el Movimiento de Afectados Ambientales y otros en la organización internacional Vía Campesina (Desmarais, 2007).

La capacidad social tiene como referente la base comunitaria y la acción colectiva que se antepone al individualismo; nos revela la importancia de acciones de reciprocidad, lo cual da la posibilidad de retroalimentación, es decir, supone beneficios para todos los involucrados. De tal forma, depende de un proceso de socialización complejo que comprende interacciones de variables culturales, sociales y ambientales.

Si el tejido social de una comunidad está maltrecho o ha sido desmembrado por las agresiones del capital, su capacidad social se verá mermada, por lo que el emprendimiento de una ruta alternativa corre el riesgo de verse truncada. Por el contrario, si una comunidad tiene una capacidad social sólida sus estrategias tienen grandes posibilidades de erigirse con éxito. Una capacidad social sólida es una condición necesaria para la generación, distribución y gestión de los excedentes en estas comunidades. Su capacidad social se expresa en las formas de generación de excedentes, en la toma de decisiones colectivas, en la formación de liderazgos y en la generación de estrategias de defensa comunitaria.

La generación de excedentes debe darse en un contexto productivo con acuerdos consensuados. La presencia de intereses individuales disímiles en un mismo espacio socava de forma importante la actividad productiva. La producción solidaria implica que todos los participantes son conscientes de que realizan un esfuerzo colectivo para necesidades colectivas. Una capacidad social fuerte logra que el proceso productivo contribuya a la cohesión social y la solidaridad. En el capitalismo el proceso productivo genera tensiones entre los propios trabajadores; los ingresos por productividad convierten el lugar de trabajo en un espacio conflictivo donde los trabajadores actúan como rivales.

“La democracia participativa o consensual, alimentada por el ejercicio cotidiano y tradicional en la asamblea ciudadana [...] [r]epresenta un importante contrapeso ante el poder elegido por la democracia formal, expresada en la autoridad municipal (Barkin *et al.*, 2009)”. Las asambleas comunitarias son espacios plurales donde se decide como generar y canalizar los excedentes hacia actividades prioritarias de orden social. A diferencia del capitalismo, donde el excedente se genera y se distribuye de acuerdo con el control de la propiedad y los procesos productivos, en las sociedades alternativas la distribución se realiza mediante la participación activa de todos sus miembros. La gestión del excedente requiere de la participación de liderazgos eficaces que tengan la “autoridad moral” para gestionar la producción

y los excedentes para reflejar la voluntad colectiva. Las comunidades que poseen una capacidad social sólida fortalecen el sistema de valores y principios que llevan al bienestar colectivo, motivo por el cual, la elección de sus líderes garantiza que la gestión del excedente se haga de forma responsable.

Una de las funciones principales de la capacidad social es la generación de procesos de resistencia comunitaria contra el Estado guiado por los intereses del capital. Las comunidades que funcionan bajo premisas colectivas distintas a las que priman en el sistema social dominante y manejan de forma autónoma sus excedentes, son percibidas por los capitalistas como amenazas a su sistema de control y por eso, su relación con la política es conflictiva. El Estado y los capitalistas las agreden constantemente para socavar la capacidad de las comunidades para implementar estrategias sociales y productivas propias. En contraste la política “ortodoxa” pretende seguir extendiendo su estructura productiva que permite generar mercancías acorde con un modelo consumista que concentre los beneficios en manos de la clase capitalista nacional e internacional, mayormente controlado por los consorcios financieros. Como contrapeso, las comunidades con una capacidad social fuerte están demostrando que son capaces de generar procesos productivos diferentes, resultando en una resistencia exitosa frente a la expansión del modelo dominante, apelando a la solidaridad, la identidad territorial y la movilización.

Capacidad social y cosmovisiones

Las cosmovisiones de las comunidades indígenas están íntimamente relacionadas con su entorno natural y su historia cultural/espiritual. Estas relaciones dan cohesión a la comunidad a través de sus prácticas culturales como ritos, fiestas y normas que regulan la acción comunitaria. Estos elementos generan códigos comunitarios fincados sobre lazos solidarios cuyo objetivo primal es la satisfacción de las necesidades de orden espiritual, cultural, social, etcétera.

No obstante, los indígenas de toda América, a pesar de los 500 años en los que agentes externos han tratado de desaparecer su cultura, se siguen mostrando capaces de resistir, manteniendo sus ideales y fortaleciendo sus tradiciones, sus costumbres, en general sus cosmovisiones. Empero, las sociedades indígenas no se han mantenido al margen de la interacción con otras culturas, en especial la cultura dominante

occidental; algunos han cedido frente a la política de “integración nacional”, la homogenización cultural, parcial o totalmente, muchas veces bajo coacción. Ante los diferentes embates que han sufrido estas sociedades, algunas de ellas han logrado mantener su propia organización, que a través de sus principios comunitarios les ha facilitado construir un equilibrio entre la comunidad y su ecosistema; más recientemente, otras se han incorporado a estas corrientes, adoptando nuevos patrones de organización y gestión para recuperar algunas de sus herencias y sus capacidades para, de esta manera, ejercer su autonomía e implementar nuevas estrategias sociales y productivas.

Las cosmovisiones se basan en principios milenarios: armonía, equilibrio, comunalidad, reciprocidad, patrimonio ético, honestidad, trabajo, identidad, interculturalidad, equidad, respeto entre iguales y diferentes, la apreciación del valor de los seres humanos y de los pueblos. Su forma de entender e interactuar con el mundo nos puede ayudar a superar los grandes conflictos de la crisis civilizatoria. Los ojos del mundo se han virado hacia esas comunidades.⁴

El equilibrio al que se refieren los grupos indígenas se obtiene a través de una sociedad comunitaria de la abundancia. Pero no es la abundancia que plantea una sociedad capitalista de excesivos bienes de lujo para el consumo de algunos y de restricciones para la mayoría, a costa de la explotación y la marginación de los seres humanos y de la depredación de la naturaleza; más bien es una abundancia donde no hay ni excesos ni faltantes. La comunalidad se direcciona en función de la cohesión social a través de la cultura, la democracia participativa o consensual, la organización del trabajo comunitario y el territorio que otorga identidad, que preserva el espacio vital de donde nacen, se transforman y mantienen sus saberes, la expresión de sus conocimientos.

Su autonomía no sólo es la autodeterminación cultural, política y social, sino también la expresión de los procesos de producción, reproducción, generación y asignación de excedentes materiales y sociales, que les permite fortalecer su comunidad, reafirmando su cosmovisión y la sinergia del humano con su entorno social y natural (Barkin *et al.*, 2009).

⁴ Hay una abundante literatura sobre los avances de las comunidades que están adoptando este camino para su evolución. Véanse los números de las revistas *América Latina en Movimiento* [www.alainet.org] y *Sustentabilidades* [www.sustentabilidades.org].

Es por eso que cuando se plantea la importancia de la generación de excedentes en las sociedades alternativas con ascendencia indígena y con una fuerte capacidad social comunitaria, no podemos dejar de lado el papel que juegan sus cosmovisiones en el proceso de la generación, disponibilidad y distribución de dichos excedentes. La forma en la cual se lleva a cabo la toma de decisiones para plantear las estrategias que los lleva a poner en marcha proyectos productivos, va necesariamente impregnada de un conjunto de elementos que dan sentido e identidad dentro de la comunidad; estos elementos pueden ser de tipo cosmogónico o espiritual, mismos que van acompañados de la importancia que tienen sus ecosistemas en esta forma de concebir el mundo.

En este sentido, resulta erróneo tratar de explicar que la toma de decisiones para llevar a cabo estrategias que les pueden generar excedentes dependa exclusivamente del criterio de viabilidad económica. Sus decisiones dependen en gran medida de sus cosmovisiones; el fortalecimiento de la capacidad social comunitaria incorpora elementos como la identidad, la cultura, y la relación de la comunidad con la naturaleza, influyendo en la definición de las estrategias productivas que puedan beneficiar a la comunidad.

Asimismo, la disponibilidad y asignación de los excedentes en este tipo de sociedades alternativas dependerán de un conjunto de factores que dan cohesión, sentido y continuidad a la comunidad. Tal que, al momento de la asignación, el aspecto de lo espiritual o ritual, como pueden ser las mayordomías o fiestas patronales, podrían tener tanta importancia como los aspectos de mejoras en infraestructuras, viviendas, así como de asignar excedentes para el fortalecimiento de sus procesos productivos.

La gobernanza colectiva y la toma de decisiones en las sociedades alternativas

La toma de decisiones en las sociedades alternativas depende de su organización sociopolítica; en las comunidades indígenas esta organización está compuesta por una estructura integral e interrelacionada por normas de tipo civil y religioso. Los cargos comunitarios son ejercidos de acuerdo con ciertas normativas que conforman

sus usos y costumbres, una de sus principales características es que son orales y se transmiten de generación en generación (Chávez, 2003; citado por Mejía, 1999).

Existe una participación reglamentada de los miembros de la comunidad dentro de una escala jerárquica que contempla el ámbito de lo civil y lo religioso y es a partir del servicio a la comunidad que se van obteniendo derechos comunitarios. Esta jerarquía inicia con la asignación y cumplimiento de tareas así como en el desenvolvimiento de algún cargo honorífico que puede ser: topiles, mayores, alguaciles, mayordomos o jueces de paz (Bonfil, 1987). En el ámbito comunitario la participación política se desarrolla en diferentes instancias: asambleas comunitarias, comités comunitarios, asambleas de las organizaciones y cooperativas.

Esta organización comunitaria, aunada con la capacidad social, da la pauta para dirigir los esfuerzos hacia procesos autonómicos. La autonomía se articula con los siguientes procesos; “a) la formación político-cultural; b) el desarrollo de las fuerzas productivas comunitarias; c) la generación de excedentes y d) la gestión sustentable de los recursos regionales” (Barkin *et al.*, 2009:50).

Al respecto, Villoro identifica cuatro capacidades sociales que dan lugar al éxito de las acciones que son dirigidas hacia la autonomía:

1. Fijar sus metas, elegir sus valores prioritarios, establecer preferencias y determinarse por ellas;
 2. Ejercer control sobre los medios a su alcance para cumplir esas metas;
 3. Sentar los criterios para juzgar la justificación de sus creencias y atenerse, en el proceso de justificación, a las razones de que esa comunidad dispone, y
 4. Seleccionar y aprovechar los medios de expresión que juzgue más adecuados.
- Este es el principio de autonomía [...] la capacidad de autodeterminación sin coacción ni violencia ajenas (1999:161).

Las sociedades alternativas, a pesar de estar sujetas a un Estado-nación han mantenido su propio gobierno comunal e intercomunal, organizado de forma sencilla, basado en reglas que los llevan a consensos. Por tanto, lo que buscan de los Estados-nación no es una separación, sino un reconocimiento a su derecho de elegir y gobernarse.

Para las sociedades alternativas las leyes no se originan desde una élite iluminada por la razón o los intereses propios, sino que se generan a través de la experiencia, es decir, generación tras generación, va aprendiendo que el bienestar de la

comunidad implica la vida misma, el buen vivir, y que lograr esta vida dependerá del cumplimiento de las normas que se generan al interior de la comunidad. El aprendizaje comunitario implica aprender a vivir una comunalidad, con los seres humanos y estos con la naturaleza. Por medio de este gobierno comunal se organiza la vida productiva y social, se manejan los asuntos de la comunidad, se regulan las relaciones internas, se administra justicia de acuerdo con sus normas y principios. Las asambleas representan un ejercicio de democracia directa, esta democracia tiene como base principios de complementariedad, reciprocidad y equidad.

En estas sociedades, ser autoridad es un servicio a la comunidad, que se debe prestar rotativamente. La comunidad tiene el derecho de ejercer vigilancia social entre todos y hacia las autoridades. Las decisiones se toman mediante consenso, es decir, todos se convencen y toman una decisión con la participación de todos. La lucha de las sociedades alternativas es por la complementariedad, por alcanzar la identidad y el equilibrio, eliminando la exclusión y la discriminación.

El excedente en las comunidades alternativas

En *La economía política del crecimiento* Baran distingue dos tipos de producción: real y potencial. Se diferencian, según el autor, en que la potencial “es la diferencia entre la producción que podría obtenerse en un ambiente técnico y natural dado con la ayuda de los recursos productivos utilizables y lo que pudiera considerarse como consumo esencial” (1959:74). Esta diferenciación ayuda a explicar la forma en que las sociedades alternativas pueden generar un excedente mayor que sus contrapartes en la sociedad capitalista, combinando su cosmovisión, con una gobernanza colectiva y la capacidad social para movilizar los recursos que estarían ociosas en las demás. Además de un aprovechamiento más cabal de sus recursos humanos, materiales y ambientales, estas sociedades pueden gestionar sus excedentes de una manera diferente, tomando decisiones colectivas sobre su distribución entre fines colectivos e individuales, asegurando una evolución más equilibrada entre los variados intereses en juego.

La gobernanza colectiva permite que el excedente se asigne a las actividades que representan el buen vivir al interior de las comunidades en función del grado de fortalecimiento de su capacidad social y su *ética comunitaria* para generar procesos

autonómicos y autogestivos. La gobernanza colectiva moviliza, canaliza y asigna los excedentes materiales y sociales de la comunidad apropiados a partir de la organización comunal. En el contexto actual el excedente real de las comunidades está cobrando relevancia. Mediante esos recursos las comunidades han podido combinar sus herencias culturales, científicas y tecnológicas con avances científicos y tecnológicos del presente para crear nuevas tecnologías alternativas, generando formas de producción sustentable y construir infraestructura turística que les permite captar mayores recursos. Este uso de tecnologías de punta combinadas con sus conocimientos tradicionales no puede entenderse en ausencia del control colectivo para emplear sus excedentes de una manera congruente con sus usos y costumbres. En este sentido, el comercio justo⁵ tiene un papel relevante en el proceso de circulación e intercambio, pues el excedente se vería dramáticamente mermado, si los precios se determinarían bajo la lógica capitalista, donde los intermediarios obtienen mayores beneficios que el productor, o donde los pagos por costo de financiamiento son altísimos, y se pondría en jaque las asignaciones de consumo esencial de reproducción.

⁵ El comercio justo ha sido promovido por organizaciones no gubernamentales y por movimientos sociales y políticos. Se ha denominado comercio justo a la relación comercial alternativa, libre, directa y honesta, basada en principios solidarios, morales y éticos, entre los tres sujetos económicos, productores, consumidores y distribuidores o intermediarios. Algunos de estos principios, se describen a continuación: los productores son parte de organizaciones sociales basadas en una propiedad, producción y apropiación colectiva, tanto de los medios de producción como de los frutos del proceso productivo; los precios que se pagan a los productores deberán permitir condiciones de vida digna; generalmente, los compradores pagan de forma anticipada a los productores para evitar o disminuir el financiamiento externo; los resultados de la producción se valorizan entre otras cosas por el cuidado que se tiene del medio ambiente, en el proceso productivo y en los momentos de desechos, así como por la calidad de los productos, considerando su durabilidad y sus aportaciones a la vida misma de los seres humanos; se busca la manera de evitar o disminuir el uso de intermediarios habituales, es decir, se buscan canales de distribución solidarios, que puedan garantizar que el mayor pago a los productores por los resultados de la producción; se rechaza la explotación infantil, las desigualdades entre hombres y mujeres, así como las precarias condiciones de trabajo, enmarcadas en el afán de reducir costos de producción para maximizar ganancias; se informa a los consumidores sobre los orígenes de los productos; entre otros. Para que el comercio justo pueda realizarse de forma tanto interna como externa, se construyen espacios adecuados, es decir, mercados solidarios en escalas desde lo local hasta lo internacional (Barkin y Lemus, 2011). Los mercados solidarios son los espacios donde se facilita el intercambio, bajo condiciones que permiten la retribución adecuada al trabajo, la reproducción de los medios de producción colectivos y el balance con la naturaleza. Sin embargo, no existe un modelo único para estos espacios pues dependerá de las características de cada sociedad.

Propuesta de política social

Dado que las comunidades tienen como base una configuración del sistema social y económico diferente a la visión que tienen las sociedades capitalistas, no puede pensarse en políticas que busquen la superación de la pobreza mediante la acumulación privada y el desarrollo del espíritu empresarial de los individuos. Se requieren políticas que enfatizen el poder de la colectividad, que hagan de la gobernanza colectiva el referente para consolidar el buen vivir.

Cabe señalar que los excedentes sociales y materiales, gestionados por estas sociedades campesinas e indígenas les permiten combinar su rico acervo de conocimientos científicos, tecnológicos y culturales con nuevas tecnologías, y con ello, traspasar las barreras impuestas por el capitalismo. Por eso, se requiere que la política pública incluya una facilitación del comercio justo, así como un respeto a sus culturas, y no una homogenización cultural (Villoro, 1999), una “integración nacional” o una absorción a las inmensas filas del desempleo o la informalidad.

La política social que proponemos busca que las comunidades de forma autónoma elijan sus métodos de generación y asignación de excedentes. La experiencia muestra que sus prioridades les encaminarían a enfrentar cualquier problema de pobreza a su interior como primera acción, asegurando la disponibilidad de una canasta básica de satisfactores materiales y servicios colectivos para todos; una vez satisfechas estas necesidades básicas, tanto individuales como colectivas, la comunidad tiene la posibilidad (y el reto) de movilizar todos sus miembros para dedicarse a las labores de elevar su potencial productivo y la conservación ambiental. De esta manera, se generaría una sociedad de pleno empleo.

Esta política se afianzaría con el reconocimiento por parte de las instancias nacionales y regionales de las instituciones comunitarias y la delegación de responsabilidades políticas y ambientales para facilitar la gestión local y regional. No se pretende replicar los métodos asistencialistas como Progresá u Oportunidades. Este tipo de programas focalizados no dan margen de maniobra a las comunidades y terminan convirtiéndose en botines electorales. La mayoría son diseñados por grupos de “expertos” que no conocen a fondo la problemática ni las necesidades de cada comunidad. Por lo tanto, para que las sociedades alternativas sean libres en el desempeño de sus actividades, es necesario políticas públicas que les permitan autodeterminarse.

Lamentablemente, el Estado históricamente se ha constituido como uno de los enemigos principales de estas comunidades; aliado con el capital nacional y transnacional, ha apoyado desalojos y violaciones flagrantes a los derechos humanos. Esta actitud del Estado puede parecer un obstáculo insalvable para el desarrollo de una política pública que promueva la autonomía. Sin embargo, países como Ecuador y Bolivia han dado un gran paso en la institucionalización de los derechos indígenas. Con la integración del Buen Vivir en sus nuevas constituciones, han otorgado a los pueblos indígenas una mayor participación en la comunidad y un mayor reconocimiento a sus saberes ancestrales.

Por eso recalcamos que mientras las autoridades, en lugar de reconocer e intentar revertir los problemas fundamentales del país, insistan en la necesidad de respetar sus obligaciones con los organismos internacionales, de corte neoliberal, seguirán propagándose programas de estabilización o austeridad donde a los pobres o marginados solamente se les proporciona ayuda asistencial, en lugar de verdaderas oportunidades de tomar el control del manejo de su territorio y de la gestión de sus excedentes de acuerdo con sus cosmovisiones (Barkin, 1999).

Conclusiones

La ciencia económica ha focalizado su desarrollo teórico en la forma social capitalista. Las categorías inherentes al capitalismo como el mercado de trabajo, el espacio financiero, la política monetaria y la política fiscal han sido los objetivos principales de análisis para los economistas ortodoxos. Por el contrario, las formaciones sociales que presentan una lógica alterna al sistema capitalista han sido desdeñadas como problema de estudio. Peor aún son consideradas manifestaciones de un precapitalismo arcaico, que impide el pleno desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo.

Para la economía ecológica, las sociedades alternativas representan una trascendental oportunidad teórica y práctica. Constituyen una oportunidad teórica porque su lógica implica trabajar con elementos como la solidaridad, la capacidad social, la cohesión cultural o la identidad territorial; elementos que no forman parte del instrumental analítico de la ciencia normal. Representan una oportunidad práctica porque su despliegue exitoso es una muestra patente de que puede construirse una lógica social distinta al capitalismo.

En la construcción de sociedades alternativas, la capacidad social es un concepto que ayuda a entender la manera en la cual las comunidades gestionan, fortalecen y movilizan sus excedentes a partir de la visión que tienen del mundo y del lugar del ser humano en él. El metabolismo social que construyen a partir de la apropiación de la naturaleza es más armónico y equilibrado. La planeación de los procesos productivos, la organización colectiva del trabajo, así como la apropiación colectiva de los medios de producción, hace que la canalización de los excedentes reales se haga de tal forma que cumpla las necesidades de todas las esferas interrelacionadas de la acción comunitaria. En suma, las sociedades alternativas son la manifestación palpable de que otros mundos son posibles.

Bibliografía

- Acosta, Alberto (2008), *El buen vivir; una oportunidad por construir*, CAAP, Debate núm. 75, Ecuador.
- Baran, Paul A. (1959), *La economía política del crecimiento*, Fondo de Cultura Económica.
- Barkin, David (1998), *Riqueza, pobreza y desarrollo sustentable*, Jus/Centro de Ecología y Desarrollo, versión electrónica.
- (1999), *Un desarrollo distorsionado: la integración de México a la economía mundial*, UAM-Xochimilco/Siglo XXI Editores, México.
- (2008), “Presentación”, *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, núm. 56, “Economía ecológica”, UAM-Xochimilco, México, pp. 7-15.
- Barkin, David; Fuente, Mario E. y Rosas, Mara (2009), “Tradición e innovación. Aportaciones campesinas en la orientación de la innovación tecnológica para forjar sustentabilidad”, *Trayectorias*, vol. 11, núm. 29, julio-diciembre, pp. 39-54.
- Barkin, David y Lemus, Blanca (2011), “La economía ecológica y solidaria: una propuesta frente a nuestra crisis”, *Sustentabilidades*, núm. 5.
- Bebbington, Anthony (1997), “Social capital and rural intensification: local organizations and islands of sustainability in the rural Andes”, *The Geographical Journal*, vol. 163, núm. 2, pp. 189-197.
- Bonfil, Guillermo (1987), *México profundo: una civilización negada*, Grijalbo, México.
- Coleman, James S. (1988), “Social capital in the creation of human capital”, *American Journal of Sociology*, vol. 94, suplemento, Chicago, pp. 95-120.

- Desmarais, Annette-Aurélié (2007), *La vía campesina: globalization and the Power of Peasants*, Pluto Press, Londres.
- Fine, Ben (2010), *Theories of Social Capital. Researches Behaving Badly*, Pluto, Londres.
- Mejía, Susana (2010), “Resistencia y acción colectiva de las mujeres Nahuas de Cuetzalan: ¿construcción de un feminismo indígena?”, tesis para optar el grado de doctora en Desarrollo Rural, UAM-Xochimilco, México
- Villoro, Luis (1999), *Estado plural, pluralidad de culturas*, Paidós/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, México.
- (2007), *Los retos de la sociedad por venir*, Fondo de Cultura Económica, México.